

cante, protección a la naciente industria, fomento intenso de la agricultura, facilidades para la colonización, inmigración selecta, fueron constantes realizaciones de este verdadero estadista, sin duda el de más brillantes facetas nacido dentro de nuestras fronteras. Por ello, con legítimo orgullo pudo escribir el general Santander este rotundo desafío a sus descasados detractores: "El último día de mi vida será el primero en que la Nueva Granada no me verá ocupado de su independencia, de su honor y de sus libertades".

Un día del año 1873, presentáronse en el despacho de aquel magistrado que lo fue en grado sumo, el doctor Manuel Murillo Toro, un selecto grupo de ciudadanos con el objeto de plantearle algún grave problema nacional. Murillo Toro, después de escucharlos, volvió la mirada hacia un retrato del general Santander que decoraba el gabinete presidencial; meditó breves instantes, tras de los cuales dio acertada solución al asunto que se le había tratado; enseguida agregó: "Cada vez que debo resolver algo que tenga que ver con el bien de la patria, pienso qué haría en mi caso el general Santander, y estoy seguro que por lo menos tengo grandes probabilidades de acierto".

Otro colombiano, síntesis augusta de la inteligencia y de la sensibilidad, Guillermo Valencia, en memorable discurso pronunció las siguientes palabras: "Si borrásemos de una pluma a Santander Libertador, a Santander Legislador, a Santander colaborador del Padre de Colombia, a Santander renovador, a Santander restaurador y continuador de magnas tradiciones, se formaría una falla desconcertante y un vacío difícil de colmar en la historia de nuestra independencia y en la primitiva orientación democrática de nuestra nacionalidad".

Ya en mi libro, en tres volúmenes, titulado *Escritos sobre el general Santander* y que fue publicado por las fuerzas armadas de la república, podrá el lector encontrar multitud de conceptos similares debidos a la pluma de los más prestigiosos colom-

bianos de todos los tiempos, así hubieran militado en uno u otro de nuestros partidos políticos tradicionales.

La historia, que es fuente de enseñanzas y también de advertencias para lo porvenir, nos dice que, por circunstancias que no son del caso analizar ahora, se torció el camino ascensional y jurídico por el que venía gloriosamente transitando Colombia la Grande bajo el austero mandato del general Santander. La Constitución de Cúcuta fue reemplazada por un decreto orgánico de una dictadura. Pocos meses después se presentaba la negra noche de septiembre, la alcabala y otras abolidas leyes españolas habían resucitado, la ruina del tesoro público pesaba duramente, el presupuesto de orden público se había quintuplicado, el prestigio exterior se había extinguido, los colombianos añoraban el régimen de juridicidad y de progreso en que habían vivido tranquilamente y recordaban que, no obstante las vicisitudes de la guerra magna y del trastorno ocasionado por las operaciones bélicas, todas sus prerrogativas y derechos, todas sus conquistas institucionales, todos sus esfuerzos materiales les habían sido respetados. El pueblo hacía memoria todavía de aquellas palabras del Libertador para el ahora proscrito magistrado: "El ejército en el campo y vuestra excelencia en la administración son los autores de la existencia y de la libertad de Colombia".

Pero llegamos al año de 1830, melancólico y desafortunado. El ilustre caraqueño languidecía en las playas del Caribe. El verdadero amigo de su gloria, quien sinceramente trató de apartarlo de doctrinas y sistemas que pugnaban con lo que había sido hasta 1826, el general Francisco de Paula Santander, sufría injusto ostracismo por su fidelidad a las instituciones republicanas. Pero llegaba también la hora de la suprema verdad, que nunca falla, la del reconocimiento. En mi concepto el verdadero testamento político del Libertador quedó consignado en aquella cláusula de admirable sentido glorificador cuando, ya al límite de la

muerte, reconoció con definitivo acento de justicia: "El no habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos". Esta frase del genio vidente es la síntesis feliz de toda nuestra historia. Cuando quiera que en Colombia los gobernantes y los pueblos se han apartado del espíritu de juridicidad que nos legara el Hombre de las Leyes, olvidando los principios esenciales de la democracia representativa y del respeto a las normas que estatuye la hoy llamada Carta de los Derechos Humanos, han llegado días de amargura para la patria. Cuando quiera que nuestros gobernantes y nuestros partidos políticos no "se han compuesto" con las tesis y las enseñanzas del general Santander, se ha quebrantado hondamente nuestra tradición republicana y se ha descompuesto la armonía ciudadana. Por eso sólo al amparo de las lecciones eternas de convivencia que nos dejó Santander, numen tutelar de la república, podrá Colombia continuar la ruta gloriosa de su destino histórico.

HORACIO RODRÍGUEZ PLATA

La inesperada popularidad del filósofo Fernando Savater

Filosofía y popularidad suelen entenderse como términos excluyentes. Antes, por la influencia de los letrados de la Regeneración, quienes anclados en la tonta claridad del catecismo condenaban por ininteligibles a los filósofos alemanes. Después, por la vertiginosa influencia del modo de vida estadounidense, con su extendido desprecio por la especulación filosófica, apenas balanceado por el subrepticio pitagorismo de sus sociólogos. En la España de ahora, en cambio, el interés por la filosofía no se reduce al círculo de los especialistas. Por el contrario, es tema habitual en las discusiones de los jóvenes, los libros de filosofía se venden mucho y no es excepcional encontrar, en las revistas de gran tiraje e inclusive en la televisión, los

rostros de los nuevos filósofos españoles, que ya aventajan claramente la hipotética destreza de los toreros alemanes. Fernando Savater es uno de ellos. Todavía joven —nació en 1946—, con una obra abundante de ensayista y narrador —ocho libros publicados—, ha sido uno de los animadores más lúcidos de la polémica cultural y política que en los años de la llamada Transición ha intentado establecer y aclarar cuestiones como la de las nacionalidades, la naturaleza del poder, la cultura alternativa, las posibilidades renovadoras de la democracia... Esta intervención le ha creado un público amplio y fiel que se ha extendido a México y, más recientemente, a Venezuela, lugares a donde Savater suele viajar a dar conferencias y participar en seminarios.

Hace poco publicó dos libros: *La tarea del héroe* e *Invitación a la ética*. Los leí, e interesado en esta *summa* de sus preocupaciones que de alguna manera son mías, le propongo una entrevista. Acepta y me cita en un apartamento anónimo y racionalista donde suele quedarse los dos o tres días por semana que pasa en Madrid. El resto de la semana lo emplea en San Sebastián, esa ciudad situada en el país de los muchos nombres: Euzkadi para los nacionalistas, País Vasco para el ministerio del Interior, Donostia para Savater.

—¿Por qué escribe sobre ética?

—En principio porque es mi campo de adscripción a la filosofía. Desde hace cuatro o cinco años doy clases sobre estos temas; primero en la Universidad a Distancia y ahora en la Facultad de Filosofía de San Sebastián. Después, porque el asunto mismo de la ética me ha interesado muchísimo. Por largo tiempo me he preguntado por los temas básicos de la misma: el valor, la virtud, el mal, convencido de que son problemas irreductibles a las determinaciones históricas, políticas e incluso psicoanalíticas.

—Es extraño que usted haya publicado simultáneamente dos libros sobre el mismo tema.

—Son libros de índole diversa. *Invitación a la ética* es más ajustado,

más conciso, el tema está abordado parte a parte, con más sistema. *La tarea del héroe*, en cambio, es más de *flashes*, está lleno de agujeros, omite unos temas y se detiene largamente en otros. *La tarea...* tiene tres partes —agrega con la rapidez impresionante que mantendrá hasta el final de la entrevista, mientras sus ojos se escabullen detrás de las numerosas dioptrías de sus lentes—. Las tres partes son: Del querer, Del imaginar, Del convivir. El planteamiento esencial no es estrictamente original: parte de Schopenhauer, de su teoría de que la voluntad no tiene fundamento trascendente sino que se origina en el caos. Este núcleo lo he modificado con reflexiones sobre la necesidad de la imaginación en el despliegue de la voluntad de poder y sobre las implicaciones políticas de una ética radical.

—¿De dónde viene el subtítulo: *Elementos para una ética trágica*?

—Yo me aparto de las éticas de salvación y propongo la recuperación de la ética trágica, que tiene sus momentos espléndidos en obras como la de Marco Aurelio, el emperador-filósofo. Esta ética es trágica porque admite que entre nuestro querer y su objeto la conciliación es finalmente imposible. El querer no puede sino darse un objeto a sabiendas de que ningún objeto puede satisfacerlo porque en ninguno se agota. Esta ética se aparta, por lo mismo, tanto de los que esperan esa reconciliación en la otra vida, como de los que se hunden en el objeto, abdicando de su querer, que es tanto como decir de lo que los constituye íntimamente.

—¿Por qué recurre al héroe? Por qué para reflexionar sobre la ética se vale de este tipo de imágenes, problemáticas y acaso anacrónicas?

—Esta escogencia se enlaza con las opciones en el orden simbólico que practiqué en este libro. En la sección dedicada al imaginar me ocupé extensamente, y haciendo pie en un cuadro de Tiziano, de tres figuras: el padre, la madre y el hijo o los hijos. Desde ellas interpreto algunos de los problemas característicos de nuestros días. El arquetipo paterno,

que es la ley, ha llegado a ser un viejo opresor y agresivo que en su avatar estatal nos amenaza continuamente. La madre, a su turno, se ha hecho subrepticamente dominante y, como ocurre en la tela de Tiziano, se interpone constantemente entre los hijos —y vale recordar que todos somos hijos— y el padre. El héroe es el hijo del padre, el hijo capaz de hacerse limpiamente un camino hacia la ley, sin la cual es imposible la creatividad, y de recuperar al padre como *puer aeternis*, como arquetipo paterno que crea sin reprimir.

—El cuadro de Tiziano se llama *Asunción* e ilustra uno de los temas característicos de la Contrarreforma. ¿Se limita la validez de su interpretación a los países en los que perdura el espíritu del Concilio de Trento?

—No, mi acercamiento a estos problemas no es histórico. La interpretación que propongo pertenece al dominio de lo simbólico y toma en cuenta el hecho de que para todos la relación entre el arquetipo paterno y el materno es un problema abierto. El mismo término *asunción* escapa al círculo de intereses tridentinos. *Asunción* de la madre es también asumir la madre, hacernos cargo de lo femenino que hay en cada uno de nosotros.

—¿Cómo es posible escribir un libro sobre el héroe, llenarlo de múltiples referencias míticas y literarias y no mencionar a Sam Peckinpah?

Vacila un instante e intercala una sonrisa igualmente breve en la cara redonda y sonrosada, antes de responder.

—La verdad es que escribiendo recaigo una y otra vez en lo cinematográfico. Justo antes de llegar usted, estaba escribiendo un artículo para una revista de cine en la que colaboro habitualmente. Se supone que es el comentario de una película, pero ya ha llenado dos cuartillas con una meditación sobre el tiempo. A veces no sé si hago cine filosófico o filosofía cinematográfica. En cualquier caso, en un libro no puede entrar todo y sé que quien lea *La tarea del héroe* no podrá dejar de evocar *La pandilla salvaje*.

—¿Por qué una ética y no una política?

—Porque la política es el reino del poder *separado*, del poder que ordinariamente impide ejercitar nuestro poder. En última instancia, se trata de abolirlo. Mientras eso ocurre y para que eso ocurra es preciso atender a la nostalgia y la promesa evocadas por la ética. La política propone continuamente la distinción entre medios y fines: aconseja aceptar hoy lo inaceptable en función de alcanzar mañana lo que es aceptable, porque corresponde con nuestro deseo. La ética, tocada de locura, no distingue entre medios y fines y pretende que en cada momento reconozcamos nuestro querer, sin olvidar que siempre con respecto a él se trata de aquí y ahora. Para la ética la acción inventa en cada acción sus propios fundamentos, sin buscarlos, como lo hace la política, en realidades o principios trascendentes.

—¿Por qué ética y no historia?

—Porque la historia desde Hegel ha llegado a ser determinismo absoluto. Nada, en su campo, es por casualidad, todo está —o fue— determinado. El resultado es que se intenta explicar siempre la acción del hombre desde la exterioridad, desde un más allá, que finalmente lo deja de lado. La historia está amenazada por un reduccionismo que la ética combate proponiendo que la acción humana se explica desde dentro, es decir desde el azar que es nuestra intimidad intraducible.

—En algún momento usted declaró que su terreno era el ensayo y no el tratado. Después alguien le reprochó la falta de una obra, en el sentido fuerte introducido por el idealismo alemán. Ahora ha escrito dos libros en los que parece haber agotado todas sus propias preguntas. ¿No le inquieta?

—No. Estos libros han satisfecho mi necesidad de establecer cierto marco de referencia y por lo mismo me permiten ahora hacer, con tranquilidad, otro tipo de cosas, más congruentes con mi vocación literaria. Probablemente lo próximo que es-

criba explore las posibilidades de volver sobre los mitos.

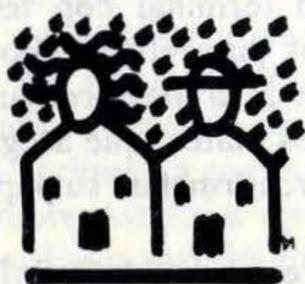
—Finalmente: ¿cómo consigue mantenerse optimista en este mundo terrible?

—El optimismo es la otra cara del pesimismo y de ambos soy ajeno...

—Está la presión continua de los diarios.

—La resisto leyendo a Spinoza. Allí encuentro el temple que hace falta.

CARLOS JIMÉNEZ



Ciudad en salsa de crónicas

Crónicas

Sofía Ospina de Navarro
Susaeta, Medellín, 1984

Ingredientes

- Trescientos sesenta y cinco días al año de continua y minuciosa observación.
- Toda la cantidad disponible de sarcasmo y buen humor.
- Una pizca de sentimiento conservador, dejado por tíos abuelos y hermanos (cuando esos tíos abuelos y hermanos han sido presidentes de la república).
- Cualquier cantidad de abolengo, nobleza y "buenas costumbres".
- Una moral infranqueable, vaciada en el molde tradicional.
- Vivir en la ciudad, después de nacer en el campo. En la trama de las relaciones sociales, pero añorando siempre el terruño.
- Cierta desfachatez y desparpajo, para retratar lo nimio y prosaico de la vida en la ciudad.
- Otro poquito de buen humor.
- Papeles llenos de crónicas, al gusto.

Preparación

Empiece por poner todo en duda, y a esto vaya agregando, uno a uno,

los ingredientes, con la medida de una dama y las ocurrencias de una buena cronista. Vacíe toda la mezcla, que hasta ahora puede parecerle viscosa, en el molde de la literatura sencilla, o en su defecto en el del periodismo intuitivo, de la prosa descriptiva y recurrente, de la anécdota oportuna, con sabor a tertulia familiar.

A la mesa se llevará, adornado con honores y exhalando olor a cocina, el libro de doña Sofía Ospina de Navarro, *Crónicas*.

Observaciones de un catador

Cuando uno termina de saborear el libro, sabe a ciencia cierta que nadie ha tenido más razón que aquel a quien se le ocurrió darle a doña Sofía Ospina, para celebrar su sesquicentenario, el título de "Matrona Emblemática de Antioquia". Porque eso era ella, ni más ni menos: una matrona y una mujer paisa de pura cepa.

Su libro *Crónicas* es una recopilación de lo escrito durante muchos años en sus columnas de algunos diarios del país, y cuyo objetivo primordial parecía ser dar cuenta de todo lo que sus ojos veían, y ofrecer de paso una "receta" para la solución de innumerables problemas con un revisionismo moral que pretendía ir en contra de lo que afectara o deslustrara las actitudes de la "gente bien" de Medellín.

Y cuando se dice dar cuenta de todo, se está siendo absolutamente consecuente con el término. Porque doña Sofía habla de todo. Aconseja a las madres sobre la educación de sus hijos; reprende a los hijos por el trato dado a los padres; pone en cuestión los bailes sociales, los reinados de belleza, la liberación femenina, la minifalda, los mendigos, la vuelta a Colombia, la realidad nacional, la pintura, el teatro; alaba las navidades de antaño, los escritores costumbristas, los pintores naturalistas, las mujeres que no ceden a los escotes, ni a los hombres de bien, que todavía creen en el trabajo y en las obras de caridad.

Pero ningún tema le queda chiquito, y en algunos se luce especialmen-